

EL CULPABLE

El espacio era escaso y hacía frío. Mi espalda notaba una capa acolchada, mientras que mis manos, reposadas en mi regazo, sostenían dos rosas blancas y espinosas. Sin embargo, las heridas no dolían. Es más, sentía una calma terroríficamente agradable como para ser real.

Involuntariamente, mi cuerpo se incorporó, como si una fuerza lo controlara. Pero ya no hacía frío. De hecho, aparecí en mi cama, arropada con una colcha y con el sol saliendo como cualquier otro día. Como todas las mañanas, me duché, me vestí y desayuné. Iba a salir por la puerta cuando algo me detuvo: mi hermana pequeña, aquella a la que amaba con todo mi corazón, estaba llorando. Me acerqué a ella. “¿Qué pasa, cielo?” la pregunté, pero simplemente me ignoró. No pude hacer mucho más, ya que llegaba tarde a la escuela. Tomé mis llaves y salí corriendo para pillar el autobús. “¡Espere, por favor!” grité, pero simplemente pasó de largo. No me hubiera extrañado mi impuntualidad si no se hubieran girado todos los pasajeros. Pero no me miraban a mí, sino a mi casa. Y mientras les vi alejarse, cuchicheaban entre ellos, cabizbajos y decaídos.

No tuve más remedio que correr 2 kilómetros, llegando justo cuando iban a cerrar las puertas. No había ni un alma por los pasillos, por lo que supuse que, otra vez, llegaba tarde a clase. Sin embargo, todavía me paré a observar el conjunto de velas blancas esparcidas a lo largo del pasillo, las cuales llegaban hasta un altar improvisado con lazos negros y toda clase de poemas. No pude analizar la situación por la prisa que llevaba, así que llamé a la puerta del aula, pero nadie parecía oírme. Abrí yo misma la puerta y me disculpé por mi tardanza, pero el profesor no me dio la charla diaria de la importancia de la puntualidad. Ni siquiera pareció oírme. La clase continuó con normalidad, aunque pude ver al matón de mi clase llorando por lo bajo, así como a muchos otros compañeros (sí, incluso el chico que me gusta).

A la salida de clases, me acerqué a preguntarles si estaban bien, y así aprovechar para que me explicaran lo del altar, pero todos me ignoraban. Antes de irnos fui al baño de chicas y, encerrada en un cubículo, pude escuchar las conversaciones de algunas chicas. Incluso un par de chicos se unieron desde el otro lado de la pared.

- ¿Pero a quién se le ocurre caminar de noche sola, con lo peligroso que puede ser? –dijo una.
- Seguro que llevaba una falda más corta que un cinturón –repuso otra.
- No –dijo un chico desde su baño- El problema lo tuvo porque seguro que no intentó escapar. Si no se hubiera dejado, la policía la hubiera encontrado a tiempo.

“Otra pobre víctima” dije para mis adentros. Seguramente la rendían homenaje para aparentar, pues estoy segura de que la culpa no la tenía ni su ropa, ni sus palabras ni la hora a la que salió. La culpa es únicamente de aquellos que, según estaba escuchando, la violaron y asesinaron. Suya y de esta sociedad

que enseña a las buenas personas a defenderse en lugar de enseñar a las malas que no deben hacerlo. ¡Pero qué mundo más hipócrita!

Salí de la escuela dispuesta a encontrar un periódico. Seguro que la noticia era portada. Entré al primer bar que vi y agarré un periódico, pero al ver la foto de la joven, casi me desmayo.

Jueves 31 de enero del 2019

JOVEN ESTUDIANTE HALLADA MUERTA EN LA N-30

La chica, desaparecida el pasado lunes por la mañana cuando salía de la escuela, ha sido encontrada por un grupo de ciclistas.

La mañana del 28 de enero del 2019, la joven Rocío Gómez salía de su casa con su uniforme escolar, dirigiéndose al colegio de Nuestra Señora de los Remedios, en Madrid. Sus padres dieron la voz de alarma cuando, a las 18.00, la joven no regresaba a casa, teniendo que estar a las 15.00. Habiendo llamado a todos sus compañeros de clase, pues su móvil no se encontraba operativo, sus familiares, amigos y conocidos más cercanos iniciaron, junto a cinco patrullas de policías y tres camiones de bomberos, una búsqueda a fondo por todos los alrededores de la ciudad. Sin embargo, no ha sido hasta la noche de ayer que un grupo de ciclistas, que hacía su paseo rutinario por la N-30, han encontrado el cuerpo sin vida de la joven tirado sin cuidado en una cuneta, cerca de un desvío.

Según revela la autopsia, la joven, que presenta marcas de estrangulamiento y puñaladas por todo el cuerpo, fue sometida a los deseos sexuales de tres hombres en contra de su voluntad. Más tarde, dado que la víctima podría haberles reconocido mediante un retrato robot en cualquier comisaría, los tres violadores decidieron atarla con sogas y acuchillarla hasta la muerte.

Las autoridades no han identificado a los criminales, pero se han podido tomar varias huellas dactilares del uniforme escolar que llevaba Rocío. Esta misma madrugada, sus padres y su hermana, de tan solo 11 años de edad, han podido reconocer el cuerpo sin vida de su hija/hermana y, a las 7 a.m., le han dado sepultura. Según sus parientes más cercanos, no quisieron mostrarla en el tanatorio y la enterraron directamente porque consideraron que sería una falta de respeto hacia ella.

Los vecinos de su barrio, sus familiares, amigos y allegados más cercanos, así como la redacción de este periódico, presentan sus respetos y sus condolencias.

D.E.P. Rocío Gómez.

Junto a la noticia, una foto abarcaba la mitad de la página. Reconocía perfectamente esa foto. Me la tomó mi padre en mi decimosexto cumpleaños.

Corrí a mi casa espantada por el horror, pero la imagen con la que me encontré me partió aún más el corazón: mis padres y mi hermana estaban en mi habitación, mirando álbumes llenos de fotos nuestras. En algunas aparecía yo sola, en otras con ellos, y en otras con mis mejores amigos.

Cuando fuimos con mis primos al zoo: recuerdo que fuimos a ver a los elefantes y nos perdimos. Estuvimos una hora buscando a los padres y, cuando les encontramos, nos cayó la bronca de nuestras vidas. Sin embargo, lo volvería a hacer una y mil veces.

Cuando cumplí 10 y me sentía mayor porque ya era un número de dos cifras: recuerdo la gran tarta que preparó mi abuela, y que luego mi abuelo me llevó de paseo con la moto. Lo recuerdo como uno de los mejores días de mi vida.

Cuando fuimos de excursión de fin de curso a esquiar: recuerdo que no había esquiado nunca, pero ellos me ayudaron. Recuerdo que volvimos al albergue a tomar un chocolate caliente junto a la chimenea. Y allí, jugando un clásico Prueba o Verdad, di mi primer beso.

Corrí a abrazarles a los tres, claro que para ellos no fui más que una brisa que entraba por la ventana cerrada. A mi madre la pedí perdón, por todas las veces que la contesté, que la grité sin tener la razón, y la di las gracias por cuidarme estos dieciséis años. A mi padre le agradecí por protegerme, por enseñarme a ver el mundo con otros ojos, por su paciencia con mis ataques de adolescente. Y a mi hermana la sonreí con lágrimas en los ojos, y la prometí que la seguiría protegiendo, que estaría siempre a su lado. Y así, como la brisa que entra por la ventana cerrada, salí de mi casa para no volver a entrar.

Mi siguiente parada fue la casa de mi mejor amiga. Allí, sus padres la consolaban mientras ella, tumbada en su cama, lloraba sobre la carta que la escribí en su último cumpleaños. A ella la agradecí haberme dejado formar parte de su vida, haberme elegido como su mejor amiga, haberme regalado tantas sonrisas. Por haberme secado tantas lágrimas y por haber estado siempre ahí. A sus padres por todas aquellas veces que me acogieron en su casa como un miembro más. Y así, como la brisa que entra por la ventana cerrada, salí de su casa para no volver a entrar.

Fui también a casa de mis abuelos, encontrándome allí también a mis primos y tíos. A mi abuela la di las gracias por haberme cuidado de niña, y deseé haber pasado más tiempo con ella. A mi abuelo le di las gracias por haberme enseñado a leer, y deseé haberle escuchado alguna historia más de cuando era joven. A mis tíos les di las gracias por haberme enseñado el valor de la familia, y deseé haberme quedado más tiempo con ellos. A mis primos les di las gracias por tantos momentos de risas y diversión juntos, y deseé haber creado más recuerdos juntos. Y así, como la brisa que entra por la ventana cerrada, salí de aquella casa para no volver a entrar.

Por último fui a casa del chico que me gusta, y para mi sorpresa estaba escribiéndome una carta de amor. En ella me contaba que ojalá hubiera tenido el valor de declararse, pero el tiempo no podía volver atrás. Me contaba que ojalá me hubiera acompañado esa tarde a mi casa para asegurarme de que llegaba a salvo, pero el tiempo no podía volver atrás. Me contaba que siempre soñará con que le dije que sí, que también él a mí me gustaba, pero nunca me lo preguntó y yo nunca se lo dije, y el tiempo no puede volver atrás.

Y mientras él me confesaba su amor, yo le confesaba el mío, y le daba las gracias por haberme enseñado un sentimiento tan bonito y tan doloroso a la vez. Al acabar, besé sus labios mientras él se recostaba en la cama, y soñé cómo hubiera sido tener mi primera vez con él, cómo me hubiera cuidado, cómo hubiera hecho que fuera un recuerdo especial. Pero él solo sintió una brisa que entraba por su ventana cerrada, y así dejé su casa para no volver a entrar.

Al final, llegué al cementerio a las afueras de la ciudad. No tardé en encontrar mi lápida, pues era la que tenía las flores más recientes y sin marchitar. En el mármol se podía distinguir una inscripción:

ROCÍO GÓMEZ

16 AÑOS

SUS FAMILIARES Y AMIGOS RUEGAN POR SU ALMA

D.E.P.

Recordé la sensación antes de levantarme de la cama: ese espacio oscuro y frío, la sensación de calma que invadía mis venas como en una película de terror justo antes de que muera alguien. Por primera vez, aquel lugar me resultaba familiar. Cerré los ojos y, sin querer, lo recordé todo:

Salí de la escuela como un día cualquiera. Me despedí de mis amigas como siempre. Mi falda me llegaba más allá de las rodillas, y apenas eran las tres de la tarde. Caminé tranquilamente hacia mi casa, pero en la esquina de la tienda de ultramarinos alguien tapó mi boca y me arrastró hasta una furgoneta negra. Yo grité, pateé, luché todo lo que pude para zafarme de sus brazos, pero mi captor era demasiado fuerte. Entre llantos de agonía y miedo, llegamos a un descampado. Allí me arrastraron por el suelo, me tiraron del pelo y me ataron con sogas para que no pudiera escapar. Intenté que no pasara con todas mis fuerzas, pero consiguieron desgarrarme la ropa a tirones y navajazos. Yo cerré las piernas tan fuerte como me permitían mis fuerzas restantes, pero entonces noté un fuerte dolor en la parte baja de mi vientre.

Jamás quise que mi primera vez fuese así, pero lo único que podía hacer era rezar para que al menos no fuera la última. Los segundos pasaban tan lentos como minutos, y los minutos como horas. Y cuando creí que ya había pasado, que se habían cansado y me dejarían libre, apretaron más las sogas. Como a un pájaro al que le cortan las alas, recibí cinco puñaladas en el vientre, dos en el pecho y, finalmente, una en la cabeza, poniendo fin a una tortura que mucha gente diría que fue culpa mía: porque no luché, porque iba provocando, porque iba borracha. Cada uno inventará una versión diferente de la historia, solo para

sentirse seguros con la idea de que no hay gente tan loca que haría algo así de la nada.

No sé cómo lo hice exactamente, pero al abrir los ojos, volvía a estar en aquel lugar oscuro y frío. Pero ya no era desagradable, sino que lo sentí como acostarme en mi cama tras un largo día. Pude notar incluso a mi madre dándome un beso para luego arroparme y darme las buenas noches. Y poco a poco cerré los ojos, para no volver a abrirlos.

Jamás había creído en que hubiera un cielo o un infierno. Tampoco creía en la reencarnación. Pero sí creía en los ángeles de la guarda, y no culpaba al mío por no haberme protegido. Culpaba a los ángeles de mis asesinos por no haberles enseñado a respetar, a que la vida no tiene precio ni es un juguete, por no haberles enseñado que “no” es “no”. No fue por mi ropa, ni por la hora, ni por mi estado. Fue porque una mente enferma decidió divertirse unas horas conmigo cuando yo no quería, y eso me costó la vida. Pero el mundo siempre seguirá poniendo excusas para hacerme ver como la culpable, para consolarse en que a ellos no les pasará nada si tienen cuidado. Y que a sus seres queridos no les pasará nada si aprenden a defenderse, pero nadie entiende que la solución es enseñar respeto, no defensa personal.

Porque en esta historia, ¿quién crees que es el verdadero culpable?